

venezolano Rómulo Gallegos; *Huasipungo* (1934), del ecuatoriano Jorge Icaza; *El mundo es ancho y ajeno* (1941), del peruano Ciro Alegría; *Todo verdor perecerá* (1941), del también argentino Eduardo Mallea; *El señor presidente* (1946), del guatemalteco Miguel Ángel Asturias; *Pedro Páramo* (1955), del también mejicano Juan Rulfo; *Hijo de hombre* (1960), del paraguayo Augusto Roa Bastos; *El siglo de las luces* (1962), del cubano Alejo Carpentier; *Rayuela* (1963), del también argentino Julio Cortázar; *Paradiso* (1966), del también cubano José Lezama Lima; *Cien años de soledad* (1967), del también colombiano Gabriel García Márquez...; y *La carreta* (1932), del uruguayo Enrique Amorim.

Todo lector medianamente devoto de la narrativa hispanoamericana convendrá conmigo en este hecho: si no están todas las que son, las que están sí son, todas, obras radicalmente básicas, al tiempo que frutos esplendorosos de un lenguaje común en lo fundamental y asombrosamente plural en lo estético-literario.

Realicé la primera lectura de *La carreta* en un ejemplar de la colección «Biblioteca contemporánea», de la Editorial Losada, de Buenos Aires. Tengo ahora mismo delante de mí aquel —este— humilde libro de páginas amarillentas y anaranjada cubierta. Pertenece al grupo de los que llegaron hasta mí y se quedaron conmigo para siempre. Los números cantan: este humilde libro canta, en cuatro números, la suerte de una fecha: 1952. Entonces no, pero ahora sé que esta fecha tiene importancia decisiva: se trata, nada menos, que de la edición —la sexta— declarada como definitiva por su autor, a treinta años de la primera (1932), y a ocho de su encuentro con la muerte (1960).

La nostalgia es el rasgo distintivo de todo renacimiento. A nadie extrañará, pues, que me sienta invadido por una ola de intenso placer nostálgico al ver cómo renace entre mis manos, en especialísima y engalanada edición *La carreta*, de Amorim, de la que ofrezco a los lectores de *Cuadernos Hispanoamericanos* una breve descripción informativa, seguida de algunas apostillas de apreciación personal. Entiéndase que, tanto la información como las apostillas, tienen por objeto la edición misma y no la novela de Amorim. Quiero decir que no se pretende aquí hacer un estudio más sobre *La carreta*; se trata tan sólo de dar cuenta de la aparición de esta nueva edición y de escribir unas notas acerca de ella, con la intención

de alertar a los distraídos para que no la dejen pasar con indiferencia por delante de su puerta; de una cosa así podrían lamentarse luego, cuando la indiferencia, consciente o no, fuera ya irremediable; lamentar las cosas es, indefectiblemente, reconocer que se han perdido.

## 1. Descripción informativa, o información descriptiva —tanto da

Esta edición, calificable como valiosa —también en el P.V.P.—, forma parte de una colección de empeño multinacional y de cooperación ecuménica, auspiciada por la UNESCO. *Cuadernos Hispanoamericanos* ha dado ya cumplida noticia de ella en sus «Fichas americanas» (Cfr. *CH*, 469-70, julio-agosto, 1989, p. 315). Ello me exime de aportar detalles que alargarían innecesariamente esta líneas. Remito al lector interesado —¿y qué lector no lo va a estar ante tan suculenta oferta?— a las mentadas «Fichas americanas».

El índice general del volumen se articula en cinco amplios apartados que a su vez ofrecen una no menos amplia panorámica que acoge datos acertadamente seleccionados acerca del autor, del texto de la novela, de algunas posibles lecturas de ésta, y un utilísimo «dossier» que se cierra, como es preceptivo, con una bibliografía sobre Enrique Amorim y sobre su obra literaria, desde un punto de vista crítico.

**I. Introducción** (pp. XIII-LV). Luego de dar F. Ainsa —coordinador de la edición— razón de la importancia de la obra literaria de Amorim, W. Penco nos cuenta la génesis de *La carreta*, novela que se revela como un texto terminal, fruto de una evolución constructiva en la que el autor fue integrando textos breves (cuentos) anteriores —pre-textos— salidos también de los puntos de su pluma, por lo que la escritura de la novela entera puede ser considerada como un proceso dinámico de nacimiento, crecimiento y maduración que cubre varias décadas de la vida del autor, constituyéndose, así, en una obsesión vital y vitalicia personal suya.

**II. El texto** (pp. 1-228). De nuevo es Wilfredo Penco quien nos presenta el texto auténtico de *La carreta*. Es un texto críticamente solvente que se nos brinda en una aguda disposición tipográfica gracias a la cual, en cada página —y, por consiguiente, en cada momento de la

lectura—, el lector tiene ante sí: a) el texto definitivo de la novela, es decir, el de la 6ª edición citada —la de 1952—, que es el expresamente diputado como tal —como definitivo— por Amorim —nadie ignora que, en crítica textual, es doctrina generalmente admitida que la autoridad del autor es *suprema lex*—; insisto en la eficacia pragmática de la disposición editorial: en ella, el texto base, impreso en caracteres de muy fácil lectura, ocupa en cada página, a lo ancho y en vertical, dos tercios de la caja; b) notas marginales y notas a pie de página; en las marginales, colocadas siempre a la derecha del texto base, en tipos pequeños, se encuentran todas las variantes de la primera edición (1932), y, por tanto, las de la tercera (1933), que es una reimpresión de la primera; en las notas *ad calcem* están las variantes de la quinta edición (1942), edición de enorme importancia porque supone un cambio estructural de la novela ya que incorpora a su texto un nuevo capítulo, el XIV, con lo que el XIV de las ediciones anteriores se convierte en XV; la edición definitiva (1952) invertirá el orden de los capítulos XIII y XIV de la quinta edición, lo que quiere decir que el capítulo nuevo, añadido en esta quinta edición, el el XIII de la edición definitiva (1952), razón que justifica el hecho de que ese capítulo no tenga aquí notas, ni al margen ni al pie del texto base; la segunda y cuarta ediciones no son tenidas en cuenta porque no aportan nada críticamente destacable. El texto queda, pues, analíticamente dispuesto en todos los pormenores de su fabricación —o ejecución— por referencia al texto base que, por expresa voluntad del autor, debe ser tenido como «el auténtico» a efectos de recepción, de transmisión y de uso lector. En apéndice son ofrecidos al lector —impresos— los originales —manuscritos unos, otros mecanografiados— de algunos capítulos, con las indicaciones críticas (cifradas) pertinentes, convirtiéndose, así en elementos utilísimos para la investigación del texto mismo y para su más profundo conocimiento en cualquiera de las múltiples perspectivas o enfoques que el estudio de la obra en sí, y en sus entresijos de composición, puede y pueda soportar, bien por necesidades de estudio, bien para mera satisfacción de curiosidades eruditas.

**III. Historia del texto** (pp. 229-274). Con un rigor metodológico cargado de sentido común —cosa no siempre posible de afirmar en ediciones del talante de ésta—, se ofrecen al lector tres estudios sobre la obra editada:

el primero, de Mercedes Ramírez de Rosiello, trata del autor y su circunstancia —hombre, escritor, obra literaria—, haciéndose el justo desdoblamiento entre el hombre biogrfiable y el hombre escritor; el segundo, de K.E.A. Mose, intenta una profundización en la producción de *La carreta*, siendo considerada ésta en su estructura como novela y en el simbolismo que entraña en cuanto vehículo tras-humante; el tercero, de Fernando Ainsa, se centra en la información externa y, en concreto, en el destino crítico que la obra de Amorim tuvo en su momento y en el que le corresponde cara al futuro.

**IV. Lecturas del texto** (pp. 275-372). Este es el apartado propiamente crítico-hermenéutico de la monografía en que la edición quiere convertirse. Encontramos en ella cinco estudios-ensayos interpretativos de desigual factura, pero aprovechables los cinco en cuanto subsidios eficaces para una lectura personal documentada. El primero, de K.E.A. Mose, propone una lectura temática de la estructura de *La carreta* en cuanto expresión analítico-simbólica de la visión que Amorim tiene del campo rioplatense: tiempo vagamente sugerido, ambiente rural y social, tiempos que bullen cargados con el peso de una vida reducible a estampa preñada de sentidos ácidos (negativos), etc., girando todo sobre el eje mítico de la carreta y el oficio erótico-thanáthico de las quitanderas. El segundo, de Ana María Rodríguez Villamil, despliega el abanico de mitos, leyendas, supersticiones y creencias populares que subyacen en la novela en cuanto realidad escritural asumida y elaborada literariamente; subraya la autora los mitos de «la fuerza perdida» (Matacabayo), del «Norte» como dirección de una salvación utópica, de «la carreta» misma como marca de un destino de continuo errar, de inseguridad, de incertidumbre y de precariedad, del «caballo blanco» como signo dialéctico de la vida y de la muerte; y afirma que los «temas» fundamentales de la novela son estos tres: el amor, la locura y la muerte; todo ello, sobre el telón de fondo de una naturaleza física cuyo impulso cósmico provoca la identificación de todos los seres. Fernando Ainsa hace una lectura de la novela desde el punto de vista temático de la prostitución itinerante, «de larga tradición en la narrativa latinoamericana», dice, resultando sumamente sugestiva la cuestión que plantea acerca de la existencia histórico-real o no de tal fenómeno. El estudio de Huguette Pottier es lingüístico, léxico y estilístico, con especial aten-

ción a los regionalismos y particularismos, y distinguiendo claramente entre el discurso normativo propiamente dicho y los diálogos de los personajes; de este estudio, rigurosamente técnico emerge el habla específica del área lingüística rioplatense y su productivo aprovechamiento estético por parte de Amorim. El último, en fin, no es un estudio comparable a los cuatro anteriores, pero su interés pragmático no es menor; se ofrecen cuatro interpretaciones de vocablo «quitanderas», fundamental en *La carreta* y saturador léxico de todas sus páginas: las interpretaciones no son coincidentes, pero —polémicas aparte— el lector sabe a qué atenerse, ahuyentando falsas suposiciones que, tal vez, alimentara de forma confortablemente pacífica.

**V. Dossier** (pp. 373-484). Se trata, como la palabra indica, de un conjunto de documentos que se constituyen en un informe. Consta éste de cuatro partes: 1ª) Pre-textos: son los siete cuentos escritos por Amorim antes de escribir *La carreta* y que integró en ésta, siendo, por tanto, piedras fundamentales (cimientos) de la novela misma, en consecuencia, elementos genéticos de importancia estructural suma (Cfr. *Introducción*). 2ª) Documentos sobre los destinos de *La carreta*. Tratan estos documentos del hombre Enrique Amorim, del que se afirma: que fue una existencia de vanguardia —«un ejemplar único en su generación» (Carlos Martínez Moreno)—; que fue un modelo dinámico de americanismo total— «pertenece a ambas orillas» (Ricardo Latchman, chileno)—; que fue un paradigma de escritor que hizo de la literatura razón de vida —«identidad entre Amorim hombre y Amorim escritor» (Alfredo Gravina)—; y que fue un escritor comunista —«un ingeniero del alma, una representación veraz, históricamente concreta, de la realidad en su desarrollo revolucionario»—. 3ª) Documentos que reproducen las reacciones de la crítica ante la narrativa de Amorim antes de la aparición de *La carreta* en 1932, y por supuesto, posteriores a esa aparición y a la de las ediciones que siguieron, al tiempo que declaraciones de Amorim mismo sobre el oficio de escritor y sobre su propia escritura: son declaraciones de honda sinceridad y de interés especial, dada la pluriforme personalidad suya que se derramó eficazmente en campos muy diferentes, desde la narración breve hasta la novela, pasando por el periodismo y la producción cinematográfica. 4ª) Se centra, de forma analítica y alfabetizada, en el léxico

de la pampa, del paisaje, de la flora, de la fauna, de las categorías sociales, de la indumentaria y utensilios familiares, de los juegos y diversiones, del talante y comportamiento de los habitantes pampeanos, de sus actividades y medios de locomoción (¡la carreta!); es un diccionario imprescindible para realizar una lectura —por simple e ingenua que se pretenda— de la novela de Amorim, y ha sido elaborado por Huguette Pottier Navarro.

El libro termina con una bibliografía de la obra de Enrique Amorim y sobre la obra de Enrique Amorim.

## 2. Apostillas personales

Mis reflexiones tienen por objeto una edición concreta de *La carreta*, de Amorim. Dígase, entonces, que forman parte de la reseña o recensión que estoy haciendo de esa edición. Pero también yo —como cada hijo de vecino— soy dueño de mis propias reflexiones; o así me lo creo. Toda reflexión objetiva resulta ser, pues, inexorablemente subjetiva; por fortuna. No en vano, el DRAE enseña que «apostilla» es «acotación que interpreta, aclara o completa un texto»; y no hay operaciones de interpretar, aclarar o completar un texto sin sujeto que complete, aclare o interprete; las acciones son propias de la persona, decían los maestros de la escolástica; y el sujeto-persona aquí soy yo. Valga esta reflexión previa a mis reflexiones como justificación válida de lo que viene arreo, sin excluir mi gusto particular, que también creo tenerlo, y a prueba de palos. Más numerosas pudieran ser mis apostillas, pero, en atención a la brevedad que la reseña exige, las produciré a tres. Son las que siguen.

**2.1 Pelea de la pluma y la palabra.** Si una cosa queda luminosamente clara en esta edición crítica de *La carreta* es que el escritor —todo escritor— está, por el simple hecho de escribir, empeñado en una guerra sin cuartel contra la opacidad granítica y porosa del lenguaje que se resiste a rendición sin condiciones sobre el campo indiferente de la cuartilla en blanco; tal el tópico enseña. Queda claro, igualmente, que todo texto permanece abierto para el lector, por supuesto, pero también para el autor, mientras éste no decida echarle el cierre definitivo. Queda claro, de la misma forma, que el texto es un ser siempre en proceso de hacerse, siempre *in fieri* —según expresión que enseñan, o enseñaban, los filósofos—,